

TÍTULO: La ventana que no se ve

PSEUDÓNIMO: Anónimo 4

Nadie sabía exactamente cuándo apareció. No estaba allí el primer día, ni el segundo. Pero una mañana, al sentarme en el pupitre de siempre, la vi. Era una ventana.

No una ventana normal, de esas con barrotes o cristales sucios. No. Ésta estaba en la pared del fondo del aula, justo donde antes solo había pintura desconchada. Me quedé mirándolo un buen rato, esperando a que alguien más reaccionara, pero nadie decía nada. La profesora explicaba matemáticas, mis compañeros copiaban en silencio, y yo... yo no podía dejar de mirar. Lo más raro era lo que se veía a través de ella. No era el patio de la prisión ni otro edificio. Era... otro lugar. Un campo abierto, con hierba alta moviéndose con el viento. El cielo era tan azul que dolía mirarlo, y a lo lejos había montañas. Era un paisaje que parecía sacado de un sueño. Parpadeé varias veces. Pensé que me estaba volviendo loca. - ¿Te pasa algo? – me preguntó la profesora. Negué con la cabeza rápidamente y bajé la mirada al cuaderno. Pero ya no pude concentrarme. Aquella ventana estaba ahí, llamándome sin hacer ruido.

Cuando sonó el timbre, esperé a que todas salieran. Me levanté despacio y caminé hacia el fondo del aula. Cada paso me parecía más pesado que el anterior. Cuando estuve frente a ella, extendí la mano. No había cristal. El aire que entraba era fresco, limpio, distinto al de allí dentro. Cerré los ojos un momento y respiré hondo. Olía a libertad. A algo que casi había olvidado.

– No deberías tocar eso.

La voz me hizo dar un salto. Era Marta, una de las compañeras más calladas del grupo. Estaba apoyada en la puerta mirándome con una mezcla de curiosidad y miedo.

Tú también la ves? – pregunté.

Asintió.

Desde hace unos días.

Nos quedamos en silencio. Era raro compartir algo así, como si hubiéramos descubierto un secreto que no sabíamos si contar o esconder.

¿Crees que... se puede pasar? – pregunté.

Marta se encogió de hombros.

No lo sé. Pero si se puede... también se puede volver, ¿no?

Esa pregunta se quedó flotando entre nosotras.

Los días siguientes, la ventana seguía allí. Solo algunas la veíamos. Empezamos a reunirnos al final de las clases: Marta, yo, y poco a poco otras dos chicas más, Jessi y Soli. Cada una tenía su historia, pero todos compartíamos algo: la sensación de haber perdido el rumbo en algún momento.

La ventana se convirtió en nuestro secreto. Hablábamos frente a ella como si fuera una amiga más. Contábamos lo que haríamos si estuviéramos en ese campo: correr, gritar, tumbarnos en la hierba, no mirar el reloj. Era curioso, porque aunque estábamos encerrados, ese trozo de pared nos hacía sentir un poco más libres. Un día Soli dio un paso adelante.

Yo voy a intentarlo.

¿Estás segura? – le pregunté.

Asintió con una sonrisa nerviosa.

Se acercó a la ventana, respiró hondo y cruzó una pierna. Durante un segundo, pareció desaparecer... pero luego se detuvo.

No puedo – dijo, retrocediendo -. Es como si algo me frenara. Probamos todas. Ninguna lo consiguió. Fue Marta quién lo entendió primero.

No es una ventana para escapar – dijo -. Es otra cosa.

¿Entonces qué es? – pregunté.

Se quedó mirando el paisaje.

Creo que es una oportunidad.

No lo comprendí del todo en ese momento. Pero empecé a pensar en ello.

Una tarde, después de clase, me quedé sola frente a la ventana. Me senté en el suelo y la miré en silencio. Pensé en mi vida antes de llegar allí. En las decisiones que tomé, en los caminos que elegí. En todo lo que había perdido.

Y por primera vez en mucho tiempo, no sentí rabia ni culpa. Solo ganas de hacer algo distinto.

No puedo cambiar lo que hice – susurré – pero puedo cambiar lo que venga después.

El viento del otro lado pareció responder. A partir de ese día, la ventana cambió.

El paisaje seguía siendo el mismo, pero ya no lo veía como un lugar al que huir. Lo veía como un destino al que llegar.

Empecé a esforzarme más en clase. No porque alguien me obligara, sino porque quería. Quería estar preparada para cuando saliera de allí. Quería tener opciones. Mis compañeras también cambiaron. Marta

empezó a escribir, soli se apuntó a un curso, Jessi dejó de meterse en problemas. No fue magia. Fue decisión.

La ventana seguía allí, recordándonos lo que había al otro lado. No como una salida fácil, sino como una meta. un día, sin previo aviso, desapareció.

Llegué al aula, miré al fondo... y ya no estaba.

Sentí un vacío extraño, como si hubiera perdido algo importante. Pero entonces entendí.

Ya no la necesitábamos.

Porque la verdadera ventana no estaba en la pared.

Estaba dentro de nosotras.

Y esa, nadie podía quitárnosla.